

José A. Ferrer Benimeli

## **La expulsión de los jesuitas de las reducciones del Paraguay y de las misiones del Amazonas. Paralelismo y consecuencias humanas**

Uno de los temas más tópicos del siglo XVIII español y uno de los que mayores polémicas ha suscitado es el de la expulsión de los jesuitas, descretada por Carlos III el 27 de febrero del año 1767. En este asunto en el que habría que distinguir entre unos *motivos* o pretextos, alegados en última instancia, y unas *causas* que durante largo tiempo fueron fraguando y madurando el resultado último, las misiones y en especial las del Paraguay tienen su propio protagonismo. Así, entre los motivos “pantalla” o pretextos de la expulsión siempre suele citarse la cuestión del “Estado jesuítico del Paraguay”. Y entre las causas, que los tratadistas suelen dividir en ideológicas, políticas, sociales y económicas, volvemos a encontrarnos con la cuestión de las misiones del Paraguay, no sólo en las político-sociales sino sobre todo en las económicas ya que en la expulsión (y posterior extinción) de los jesuitas, y subsiguiente incautación de sus bienes, subyace una especie de desamortización camuflada, visto el especial cuidado y escrupulosa diligencia con que los Comisarios –siguiendo las órdenes recibidas– cumplieron su cometido. Si bien es cierto que resultó bastante menos enriquecedor para las arcas del reino de lo que en un principio se creyó, sobre todo con las presuntas riquezas y oro de las misiones, en especial las del Paraguay.

Recordemos que en el momento de la expulsión los jesuitas contaban con 90 colegios y casas profesas y 23 misiones en América, así como con 18 centros en Filipinas. Y no olvidemos que cada misión se componía de varios pueblos o reducciones: 30 de los guaraníes, 23 las del alto y bajo Marañón, etc. Era proverbial la gran riqueza que los jesuitas habían conseguido acumular en las Indias, principalmente en sus grandes propiedades rústicas, cuya explotación todavía llama hoy la atención de los economistas que consideran la empresa agraria jesuítica de la segunda mitad del siglo XVIII como un modelo de racionalidad y optimización de los beneficios. Las instrucciones a los hermanos jesui-

tas administradores de haciendas son consideradas todavía hoy auténticos tratados de agronomía y economía agraria.

Recordemos a título de ejemplo que, según consta en los inventarios que se realizaron cuando la expulsión, el número de cabezas de ganado que se encontraron en las estancias de sólo 28 pueblos de las misiones guaraníes —exceptuadas las dos más grandes: la de San Miguel y la de Yapeyú— dan las siguientes cifras: 227.879 vacas de corral; 85.115 vacas alzadas; 415.607 vacas y toros; 18.234 caballos y mulas de cría; 20.031 mulas chúcaras [cerriles] y mansas; 3.765 potros; 50.179 yeguas; 1.753 burros hechores [reservados para la reproducción]; 13.222 burros ordinarios; 41.268 bueyes mansos; 38.141 ovejas y cabras; 42.174 caballos redomones [a medio domar] y mansos; y 10.276 yeguas para cría de potros.

Desde el punto de vista sociológico o, si se prefiere, socio-político, el experimento comunitario de las misiones guaraníes interesó a figuras tan poco afectas a los jesuitas como Voltaire, d'Alembert y Montesquieu. Para los líderes de la ilustración, para quienes los jesuitas eran los principales representantes de la hipocresía y la superstición, lo realizado en el Paraguay confirmaba, sin embargo, la posibilidad de crear una sociedad según planes preconcebidos. Otro tanto se puede decir de no pocos escritores socialistas, por no detenernos en la perspectiva romántica que idealizó en extremo ciertos aspectos estéticos y religiosos a costa de la verdad histórica.

No obstante, otros autores presentaron la experiencia del Paraguay como un intento jesuítico de monopolizar almas y cuerpos, con el deseo de crear allí un Estado independiente. El sistema de reducciones era cerrado, con una organización social, política, religiosa, económica e incluso urbanística muy privativa, que llevó a ciertos autores a ver en ella una especie de república particular.

### **Las misiones del Paraguay. Ubicación geográfica**

Conviene recordar que cuando se habla de las misiones del Paraguay se alude a las misiones de la provincia jesuítica del Paraguay que, hasta 1625, abarcaba Argentina, Uruguay, Paraguay, casi todo Chile y

parte de Bolivia y Brasil.<sup>1</sup> Por lo tanto no se debe confundir el territorio de las llamadas “misiones del Paraguay” con el de la actual República del Paraguay, como si fuera de ella no se hubiera fundado ninguna reducción. En realidad habría que decir que la provincia jesuítica del Paraguay estaba propiamente en la actual República Argentina, donde también radicaba su noviciado, residencia del Provincial, el Colegio Máximo de Filosofía y Teología, autorizado para conferir grados universitarios, así como el colegio internado de Monserrat, todo ello ubicado en la ciudad de Córdoba, aparte de otros ocho colegios y una residencia repartidos por diversas ciudades argentinas.<sup>2</sup> Además en Argentina estaban situadas la mitad de las treinta doctrinas, reducciones o misiones de Guaraníes y casi todas las del Chaco. En tanto que en la actual República del Paraguay sólo había un colegio y ocho reducciones de guaraníes.

Así, pues, había más reducciones fuera del Paraguay que dentro, ya que de treinta que eran, quince caían en el actual territorio de la República Argentina, siete en el Estado actual de Río Grande do Sul, y las ocho restantes en el actual Paraguay. Esto hace que hoy día en las tres naciones existan territorios propios que se denominan *Misiones*, a saber: en Paraguay, el distrito de Misiones (12° distrito), en Brasil, la Comarca de Missoes o Sete Povos;<sup>3</sup> y en Argentina, el Territorio Nacional de Misiones.

La razón de que los jesuitas dieran el nombre de Paraguay a su provincia y misiones radica en que cuando se establecieron en el Río de la Plata, en 1607, y aún mucho tiempo después, toda la región tenía el nombre de Provincia civil del Paraguay, siendo su capital Asunción. Los cambios políticos y territoriales acaecidos en los tres siglos posteriores cambiaron el mapa de la región quedando reducida Paraguay a una pequeña parte de lo que fue.

Las reducciones se establecieron en cuatro zonas y períodos: las del Paraná y Uruguay (1609-1638), las del Guayrá (1610-1630), las del Itatín (1631-1669) y las del Tape (1631-1636).

<sup>1</sup> En 1625 fue erigida en Vice-Provincia la parte de Chile.

<sup>2</sup> Existían dos colegios en Buenos Aires, y uno en cada una de las siguientes ciudades: Santa Fe, Corrientes, Rioja, Salta, Tucumán y Santiago del Estero, así como una residencia en Catamarca.

<sup>3</sup> Segundo distrito electoral: antigua Comarca Judicial de Misiones.

La primera reducción, que se fundó en 1609, fue la de San Ignacio de Guazú. En 1612 ya estaba en marcha y un año después, en 1613, contaba con 6.000 almas y 160 muchachos en las escuelas. Sería el prototipo de las demás reducciones paraguayas y americanas en general. Pues el sistema de reducciones fue aplicado por los jesuitas en todas sus misiones desde Paraguay hasta California [Chaco, Chiquitos, Moxos, Maynas, Omaguas, Marañón, Pastaza, Napo, Orinoco, Darien, Sonora, Chihuahua, Sinaboa, Tupi, Durango ...] si bien fue en las llamadas del Paraguay donde alcanzaron mayor esplendor y prestigio.

El sistema de reducciones era cerrado con una organización social, política, religiosa, artística y urbanística muy privativa que algunos autores han calificado de especie de república particular. Los jesuitas del Paraguay superaron el ideal propuesto por Fray Bartolomé de las Casas consiguiendo lo que el obispo de Chiapas preconizó siempre para sus indios a los que quiso aislar de los no misioneros para impedir los abusos, malos ejemplos y extorsiones de los laicos. Precisamente esta separación absoluta entre españoles e indios fue tergiversada por algunos como un artificio de los misioneros para formar, no una colonia de vasallos sometidos al Rey, sino una República particular, o si se prefiere un imperio al servicio de los intereses de la Compañía. La literatura sobre este aspecto es abundante y va desde los que consideran “el Estado de los jesuitas del Paraguay” como una teocracia socialista, o una república comunista cristiana de los guaraníes, hasta los que simplemente hablan del “Reino jesuítico del Paraguay”, del “Estado jesuítico del Paraguay”, de la “República jesuítica del Paraguay” [comparada con la República de Platón] o del “Imperio jesuítico”, sin olvidar en este caso la leyenda de Nicolás I, “el primer rey del Paraguay y emperador de los mamelucos”.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Cfr. en especial la amplia bibliografía aportada por Pablo Hernández, *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, Barcelona: Gustavo Gili 1913, 2 vols.; Nicolás de Techo, *Historia de la Provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, Madrid 1897; Pastells, *Historia de la Compañía de Jesús en la Provincia del Paraguay*, Madrid 1912-1959, 8 vols.; Guillermo Furlong, *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Buenos Aires 1962. Y en especial L. Baudin, *Une théocratie socialiste: L'État des Jésuites du Paraguay*, Paris 1962; P. Gay, *Historia da República Jesuítica do Paraguay*, Rio de Janeiro 1942; B. Ibáñez de Echevarría, *El Reino Jesuítico del Paraguay*, Madrid 1770; C. Lugon, *La République communiste chrétienne des Guaranis*, Paris 1949; L. Lugones, *El Imperio*

Es cierto que en las reducciones existía como condición que allí las autoridades habían de ser los mismos indios, y que se hablaba su lengua, el guaraní, aprendido a su vez por los misioneros que llegaron a estructurar el idioma y publicar sus primeras gramáticas. No obstante reconocían, lógicamente, la autoridad suprema del rey y del gobernador de la provincia, pagaban sus tributos, socorrían al Estado con levas de soldados, y se portaban en todo como verdaderos súbditos del rey.

Económicamente las reducciones se mantenían autárquicamente a base, sobre todo, de la agricultura y ganadería. El sistema productivo, al igual que otros aspectos de la situación socio-política de las reducciones, como la administración de justicia [en un régimen verdaderamente patriarcal a cargo de los mismos misioneros] eran peculiares de las misiones del Paraguay, así como el adiestramiento militar [a cargo de hermanos coadjutores jesuitas que habían sido soldados antes de entrar en la Compañía] y el manejo de las armas de fuego para la defensa propia contra las incursiones de los paulistas cazadores de esclavos. Precisamente el disponer de armas fue, quizás, una de las características más singular de las reducciones del Paraguay, ya que a partir de 1644 intervinieron en campañas militares al lado de soldados españoles en defensa de los intereses españoles, en especial en 1680 en la campaña y conquista de la Colonia de Sacramento, en el estuario del Plata, ocupada por los portugueses. En esta ocasión el gobernador armó a 300 españoles, y el superior de las misiones acudió con un refuerzo de 3.000 indios.<sup>5</sup> Y más tarde con el famoso Tratado de Límites de 1750 hicieron frente a un ejército mixto luso-español de 2.500 soldados bien armados y con cañones en las dos campañas de 1753/54 y 1755/56 que concluyeron con la derrota de los indios y la ocupación total de las siete reducciones guaraníes del rincón de Ibicuy que por el Tratado en cuestión

---

*Jesuitico*, Buenos Aires 1961; A. Nagy/F. Pérez Maricevic, *Historia de Nicolás I, primer Rey del Paraguay y Emperador de los Mamelucos*, Asunción 1967; J. M. Peramás, *La República de Platón y los guaraníes*, Buenos Aires 1946; F. Becker, *Zur Kontroverse um den Jesuitenkönig "Nikolaus I. von Paraguay"*, Köln/Wien 1980; J. A. Ferrer Benimeli, "Fábula del Rey del Paraguay Nicolao Primero", en *La expulsión y extinción de los jesuitas según la correspondencia diplomática francesa*, San Cristóbal del Táchira 1996.

<sup>5</sup> C. Eguía, "El espíritu militar de los jesuitas en el antiguo Paraguay español", *Revista de Indias*, n.º 16 (1944), 267-319.

fueron entregadas a los portugueses a cambio de la Colonia de Sacramento.

Carlos III a su llegada al trono español en 1759 revocó el Tratado consciente de lo perjudicial que era para España lo que se había pactado con Portugal en 1750. Los jesuitas procesados —once en total— por la defensa que habían hecho de los indios fueron declarados inocentes; y una vez reconquistada por las armas la Colonia de Sacramento, en 1762, ante la negativa de los portugueses a entregarla, los jesuitas comenzaron a restaurar lo que quedaba de las antiguas reducciones. En 1762 la población de los siete pueblos apenas alcanzaba las 14.000 almas, siendo así que antes de las guerras eran más de 30.000.

### **La expulsión de los jesuitas del Paraguay**

Entre 1762 y 1768 los jesuitas siguieron con la dirección de las reducciones pero la situación internacional era muy distinta y, a pesar del apoyo inicial de Carlos III a los jesuitas, pronto cambiaría su actitud. Baste recordar que en 1760 cuando el rey de España procedió a la anulación del Tratado de Límites, hacía ya un año que los jesuitas habían sido expulsados de Portugal y sus dominios. En 1762 serían disueltos en Francia, y en España el mismo Carlos III que en 1759 había declarado la inocencia de los jesuitas en las misiones del Paraguay, acabaría en 1767 expulsándolos también de todos sus reinos.

En Paraguay la ejecución de la expulsión tendría que esperar hasta 1768 cuando muchos jesuitas de Caracas, Puerto Príncipe, Cartagena de Indias y Campeche estaban ya en Cádiz o a punto de salir para Europa. Recordemos que dicha expulsión fue decretada por Carlos III el 27 de febrero de 1767 y puesta en práctica el 1º de abril en Madrid y el 3 en el resto de la España metropolitana.

Para entonces las misiones del Paraguay habían quedado reducidas a 30 pueblos, pues entre 1627 y 1630 los ataques paulistas culminaron con la destrucción e incendio de once de las reducciones existentes en el Guayrá. Sólo se salvaron dos: San Ignacio y Loreto. Se calcula que con este motivo hubo unos 200.000 indios entre cautivos, muertos y los que huyeron a los bosques. Ante la imposibilidad de seguir expuestos a los bandeirantes, se inició el traslado de los supervivientes —unos 12.000— hacia territorios más cercanos a los españoles.

Arrasadas las reducciones de Guayrá, poco después se inició la destrucción de las de Itatín y Tapé. El resultado, en 1652, fue que de 48 pueblos organizados por los misioneros, habían sido arrasados por los paulistas 26, quedando en pie sólo 22 (veinte en el Paraguay y dos entre los itatines) que agrupaban a unas 40.000 personas. Poco a poco se fueron recuperando, y a comienzos del siglo XVIII alcanzaban cerca de las 115.000 almas repartidas entre 30 pueblos: 16 en las márgenes del Uruguay y 14 en las del Paraguay. Los más poblados eran Concepción y San Carlos con más de 5.000 almas cada uno. En orden de importancia les seguían San Nicolás, Itapúa o Encarnación, San Javier y Loreto con más de 4.000.

La expulsión de los jesuitas de las reducciones del Paraguay y de las misiones del Amazonas ofrecen en su paralelismo profundas divergencias en el modo y forma de llevarlas a cabo, así como en las fuentes de información, y en las consecuencias que tuvieron que sufrir indios y misioneros.

En el caso del Paraguay existen una serie de condicionamientos históricos que, sin duda, pesaron en la actuación de Francisco de Paula Bucareli, Gobernador del Río de la Plata, aparte su animadversión y mal contenido aborrecimiento contra los jesuitas. Estos fueron: la ubicación geográfica, el propio sistema organizativo de las reducciones, las invasiones de los bandeirantes o mamelucos, el Tratado de Límites de 1750 y subsiguiente guerra de expulsión, y la actitud de Portugal.

Respecto del último punto según la correspondencia diplomática de la época el rey de Portugal llegó a ofrecer al de España su ayuda para facilitar y asegurar la expulsión de los jesuitas del Paraguay. Ayuda tanto más necesaria, según el gobierno de Lisboa, cuanto que el tema de los jesuitas aparece con frecuencia vinculado en dicha correspondencia con los intereses de los ingleses en la zona dispuestos a defender a los jesuitas para que no fueran expulsados.

En esta correspondencia hay un despacho cifrado del embajador francés en Madrid que lleva al margen la anotación siguiente: "Conjeturas de que los jesuitas puedan entenderse con los ingleses para mantenerse en el Paraguay". Y en el texto, después de aludir a unos diarios de los oficiales ingleses que habían mandado la fragata *La Florida* y la chalupa *Wasp*, se expresaba así el marqués d'Ossun:

Estos detalles no hacen sino fortificar las sospechas que se tienen aquí de que los jesuitas se entienden con Inglaterra y que intentarán quizá mantenerse en el Paraguay con la ayuda de esta Potencia. S.C.M. me hizo el honor de hablarme de este asunto. Entró en el detalle de los medios que los ingleses podrían emplear para socorrer a los jesuitas del Paraguay. Este monarca considera que los socorros ingleses sólo se pueden introducir en el Paraguay por el río de la Plata, por el Orinoco o por la Patagonia; y me pareció que él se inclinaba por la última ruta, debido a que las desembocaduras de los ríos de la Plata y del Orinoco estaban guardados por fuertes y por tropa.<sup>6</sup>

Aquí no se sabe qué resulta más inverosímil, si la supuesta ayuda de los ingleses o el desconocimiento que en Europa tenían de la geografía americana. Después de varias otras alusiones al supuesto interés de Londres por atraerse a los jesuitas que mejor conociesen América, el despacho diplomático prosigue insistiendo en el temor o inquietud de Portugal:

S.C.M. añadió, recomendándome el más grande secreto, que la corte de Lisboa estaba inquieta ante los planes de Inglaterra respecto del Brasil, y sobre las medidas que sospechaba habían sido tomadas a este particular entre los ingleses y los jesuitas del Paraguay.

El duque de Choiseul respondería a su embajador, desde Versailles, poco después quitando hierro al asunto, pues si bien “la corte de Madrid debía temer todo de la ambición y avidez de los ingleses con relación a sus dominios en América del Sur”, por lo que tanto S.C.M. como su ministerio “debían tomar las precauciones más eficaces para prevenir el peligro en las colonias españolas ciertamente amenazadas”, sin embargo, confesaba que las inquietudes de Portugal sobre la inteligencia de los ingleses con los jesuitas del Paraguay le parecían muy exageradas:

El señor de Oeyras ve jesuitas por todas partes; y parece demasiado persuadido de que son los agentes públicos o escondidos de todo lo que ocurre tanto en el viejo como en el nuevo mundo.<sup>7</sup>

---

<sup>6</sup> J. A. Ferrer Benimeli, “La expulsión de los jesuitas del Paraguay, según fuentes diplomáticas”, en *Estudios sobre la expulsión y extinción de los jesuitas*, San Cristóbal del Táchira 1990, pp. 37-55.

<sup>7</sup> *Ibidem*.



De la expulsión de los jesuitas del Paraguay existe una amplia y justificativa *Relación* redactada en primera instancia por el propio gobernador Bucareli. Al ser un documento oficial nos muestra con la frialdad aséptica de dichos documentos lo que allí ocurrió. La expulsión fue concebida por Bucareli como una gran operación militar semejante a la llevada a cabo unos años antes con motivo del Tratado de Límites, ante el temor de que se volviera a repetir lo allí ocurrido. Al menos el propio Bucareli así lo justifica en su *Relación* que tituló “Expedición en las Misiones del Paraguay para hacer salir de allí a los jesuitas y hacerlos pasar a Europa”.

Esta *Relación*, a pesar de su manipulación, nos ofrece una serie de detalles que nos permiten, indirectamente valorar y conocer la obra de las reducciones y de esos 80 jesuitas que tenían a su cargo 130.000 almas, y para cuya expulsión Bucareli puso en marcha una auténtica máquina de guerra, a todas luces excesiva, como si realmente se tratara de una campaña militar: destacamentos de milicias y granaderos hasta un total de 1.500 hombres, trenes de artillería, embarcaciones armadas, víveres para tres meses, 184 carretas con dos mil bueyes, mayor número de mulas, caballos [...].

Aunque Bucareli se puso el 24 de mayo de 1768 al frente de la expedición, para la ejecución del arresto y expulsión de los jesuitas nombró a cinco Comisionados españoles porque él no quería ver, ni tratar con los misioneros. Por esta razón no entraba en los pueblos hasta que los jesuitas habían salido de ellos.

Una de las primeras y graves dificultades que retrasó la expulsión de los jesuitas fue encontrar otros eclesiásticos que los sustituyeran en las misiones. Para ello solicitó la ayuda del obispo de Buenos Aires y del de Córdoba de Tucumán, pues necesitaba al menos 60 sujetos que entendiesen el idioma guaraní. Los pocos que lo sabían vivían a 400 o 500 millas de distancia y “todos miraban con horror este destino”. Finalmente hubo que recurrir a los provinciales de los dominicos, franciscanos y mercedarios, dividiendo las misiones del Paraguay en tres provincias “tomando cada región la suya y colocando en ella un superior subordinado a ellos [los provinciales] que la gobernase como los de la Compañía”.

Bucareli dispuso a continuación que Salto, Santa Fe y Corrientes fueran los canales por donde viniesen al gobernador las noticias de cuanto iba ocurriendo. Dejó en Salto un destacamento y tres embarca-

ciones (27, 28 y 29 de junio) con víveres para tres meses, lo que aumentaba considerablemente el número de carretas. El propio Gobernador iba en la tercera expedición.

Lo riguroso del invierno y las lluvias frecuentes habían hecho el camino muy pesado; los pantanos habían aumentado y los arroyuelos se habían hecho ríos caudalosos. A pesar de todo, en doce días avanzaron más de sesenta leguas llegando el 15 de julio las tres expediciones a las puertas de Japeyú. Destacaron a un capitán y una partida de tropa que intimaron el Real Decreto al Provincial y seis compañeros que allí estaban, y en una embarcación del mismo pueblo los despacharon por el Uruguay a Salto, con un oficial y “tropa suficiente”.

Dejando aparte los comentarios tendenciosos que tanto Bucareli, como Roda —el último redactor del informe— hacen constantemente a propósito de los jesuitas y de los indios, la secuencia de la expulsión fue la siguiente:

Desembarazado el Japeyú de jesuitas hizo el Gobernador su entrada, el 18 de julio, con gran aparato y ostentación a fin de captar la benevolencia y el respeto. Entró puesto a la cabeza de los Granaderos, cuyas gorras, nunca allí vistas, causaron gran admiración a los indios, según relata el propio Gobernador.

Diez días se mantuvo el Gobernador en este pueblo “para disipar las especies con que los de la Compañía tenían engañados a los pobres indios”, y dar las providencias convenientes. Consideró oportuno colocar en cada pueblo un retrato del rey que les recordase su obligación, y a este efecto los llevaba prevenidos:

Hízose este acto con el decoro debido, al ruido de las descargas de artillería y fusilería; y también esto infundió en los indios conocimiento y respeto, pues continuamente se les oía decir: “Viva el Señor Don Carlos Tercero, nuestro legítimo Rey y Señor natural, que tanto bien nos ha enviado.”

Lo que no indica el Gobernador en su *Relación* es si esa declaración de afecto monárquico era expresada en guaraní o en español, ni quien era el promotor de la misma.

El día 26 salió un destacamento hacia el pueblo de la Cruz, distante ocho leguas, y el 28, una vez embarcados y remitidos a Salto los dos jesuitas que allí había, entró el Gobernador. El 31 le tocó el turno a Santo Tomé, distante veinte leguas. Una vez recogidos los jesuitas se dirigieron a San Borja donde hicieron lo mismo con el párroco y su

compañero enviándolos juntos con los de Santo Tomé al Salto, también por el río Uruguay.

Con la posesión de estos pueblos quedaba asegurada la comunicación por agua y tierra. Ya sólo faltaban otros 26 pueblos donde todavía permanecían jesuitas. Al ser a partir de ahí muy arriesgada la navegación por el Uruguay, y antes de que empezaran las crecidas o “crecientes”, dispuso El Gobernador que en adelante a los jesuitas que sacasen de los pueblos los concentraran en Candelaria o en Japeyú, donde una vez reunidos deberían ser embarcados hasta Salto y de allí a Buenos Aires.

El 5 de agosto una expedición se encargó de recoger los jesuitas de Santa María la Mayor, Mártires y San Javier.

El 8 de agosto otra expedición hacía lo propio con los Apóstoles, San Joaquín y San Carlos, llegando el día 12 a Candelaria y poco después a Itapúa. En los Apóstoles tuvieron que dejar al P. Segismundo Sperger por incapaz de removerlo, respecto de hallarse postrado en cama, con cerca de noventa años, tullido, ulcerado y moribundo.

El 17 de agosto les llegó el turno a Trinidad, Jesús, Santiago y San Cosme.

Una cuarta expedición tuvo como destino Concepción, Santa Ana, Loreto, San Ignacio Mini y Corpus.

El Gobernador iba despachando sucesivamente por el Paraná los jesuitas que se iban recogiendo en embarcaciones a cargo de oficiales tripuladas por indios y guarnecidas de tropa, habiendo prevenido anticipadamente puestos en todo el recorrido hasta Buenos Aires con víveres y auxilios para que no careciesen de lo necesario y ejecutasen sin demora la navegación.

El 22 de agosto despachó los últimos de Santiago, Santa Rosa, San Ignacio Guazú y Santa María de la Fe, dejando desembarazados de jesuitas todos los pueblos de Misiones.

Desde el regreso del Gobernador a Buenos Aires, el 16 de septiembre, hasta el 14 de octubre, los expulsos tuvieron todavía que esperar a que quedaran preparados dos navíos de registro, el San Fernando y el San Nicolás, donde fueron embarcados los 78 misioneros recogidos en los 30 pueblos a los que se agregaron otros dos que acaban de llegar de la Rioja, y se dispuso su inmediato traslado a España.

El resumen final que hizo el Gobernador en su *Relación*, es suficientemente expresivo:

Los empleados para esta expedición han ascendido a mil y quinientos hombres de todas clases, comprendidos los caciques,<sup>8</sup> su comitiva y los destacamentos de Corrientes y Paraguay; y es muy de admirar que sin embargo de la variedad de climas, peligro de fieras e insectos venenosos, y otros riesgos no se experimentó enfermedad ni accidente. Se han andado más de ochocientas leguas por agua y tierra desierta mucha parte, y navegando, pasando y repasando por diferentes partes en canoas, pelotas y a nado los ríos caudalosos Paraná, Uruguay, Macoreta, Mirigay, Jacaré, Igarepeay y Guaybiraybi, pasando muchos pantanos y barrancos, y con el indispensable trabajo de 184 carretas con víveres, dos mil bueyes, mayor número de mulas, caballos, barcas, etc. para el transporte y sustento. Sin embargo de lo cual se ha ejecutado y concluido felizmente esta operación en menos de cuatro meses con admiración aun de los que han asistido a la empresa, y fueron testigos de las pasadas expediciones; habiendo dado en esta la tropa pruebas de su constancia y obediencia y los oficiales de un celo y conducta digna del rey sagrado.<sup>9</sup>

Mientras los jesuitas eran remitidos a España los nuevos curas intentaban ser admitidos por los indios, sin demasiado éxito; se establecieron escuelas donde enseñar el castellano en lugar del guaraní, y reconociendo que no era posible atender el gobierno de los 30 pueblos por el dilatado espacio que ocupaban, se establecieron dos capitales con dos gobernadores en Candelaria y San Miguel. Y para evitar los continuos robos de los portugueses se determinó que veinte pueblos de los situados al oriente y occidente del Paraná, así como los diez restantes en la cuenca del Uruguay, estuvieran protegidos por dos capitanes y cien milicianos correntinos “por ser la gente más a propósito para aquellas tierras”.

De la lectura de la *Relación* oficial, y muy a pesar de los burdos ataques lanzados contra los jesuitas y su obra, se deja entrever la labor

---

<sup>8</sup> *Cacique*: Jefe de una comunidad indígena en los pueblos americanos. Con la colonización algunos se pusieron al servicio de los españoles y su colaboración fue muy útil, especialmente para proporcionar la mano de obra necesaria para las minas y trabajos públicos de todo tipo.

<sup>9</sup> Archivos Diplomáticos Franceses [Paris], *Espagne*, vol. 556, fols. 476 a 491 la versión francesa, y 491 a 505 la versión española. Los comentarios que van surgiendo espontáneamente de la lectura de este *Informe*, hoy día que la bibliografía sobre las misiones de guaraníes es tan rica y abundante, dan la sensación de que dicho Informe estaba escrito exclusivamente para convencer y halagar a Carlos III de la bondad de su medida y de la malicia y maldad de los jesuitas.

cultural, social y lógicamente espiritual que esos 80 hombres realizaban en los treinta poblados en cuestión sobre los que los datos de los propios jesuitas consignaban para 1767 un total de 20.151 familias y 87.026 almas, entre las doctrinas del Paraguay y las del Paraná.<sup>10</sup>

La navegación de los expulsos hasta Cádiz duraría cuatro meses, sin embargo no es mucho lo que se sabe del viaje desde Buenos Aires a Europa. Los datos consignados en el “Listado oficial de los regulares de la Compañía de Jesús llegados de las Indias al Puerto de Santa María” son, no obstante, suficientemente expresivos: En el navío de *San Fernando* embarcaron 50 jesuitas procedentes de las Misiones de Guaraníes, de los que fallecieron dos en la travesía y otros cuatro en el mismo Puerto de Santa María. En el navío *San Nicolás* embarcaron los 30 restantes. De estos fallecieron en la navegación diez y otros cinco en el Puerto de Santa María, quedando reducidos a la mitad. Lo que hace un total de 21 fallecidos entre el viaje y a poco de llegar al Puerto de Santa María. De los 80 embarcados quedaron, pues, sólo 59. Por su parte los 16 extranjeros supervivientes fueron remitidos a sus lugares de origen y el resto tras un año de estancia en el Puerto serían de nuevo embarcados hacia Italia, su definitivo destino. Unos años después, a primeros de octubre de 1775 sólo sobrevivían en Italia 30 misioneros guaraníes.

La proporción de los fallecidos en el viaje a Europa es llamativa pues al margen de los que murieron en diversos puertos de América, especialmente en Veracruz, Cartagena y La Habana, de los 2.776 embarcados hasta junio de 1769 sólo fallecieron en la navegación 38, de los que 12 corresponden a los misioneros de las reducciones del Paraguay, siendo especialmente llamativo lo ocurrido en el navío *San Nicolás* con 10 fallecidos, ya que los 26 restantes que murieron en la travesía nunca alcanzaron esa proporción, pues de un total de 50 embarcaciones entre fragatas, saetias, navíos, urcas, bergamines, paquebotes y palanclas, en la mayoría de los casos —en 30 embarcaciones— no falleció

---

<sup>10</sup> *Doctrinas del río Paraná*: San Ignacio Guazú, Nuestra Señora de la Fe o Santa María de la Fe, Santa Rosa, Santiago, Itapúa o Encarnación, Candelaria, Santos Cosme y Damián, Santa Ana, Loreto, San Ignacio Mini, Corpus, Jesús y Trinidad. *Doctrinas del río Uruguay*: San José, San Carlos, Santos Apóstoles, Concepción, Santa María la Mayor, San Francisco Javier, Santos Mártires, San Nicolás, San Luis, San Lorenzo, San Miguel, San Bautista, Santo Angel, Santo Tomé, San Borja, La Cruz y Yapeyú.

ninguno; y en las restantes sólo murió uno en diez y seis barcos; hubo tres barcos en los que fallecieron dos jesuitas, y otros dos barcos en los que fallecieron tres.

### **Las misiones del Amazonas-Marañón. Ubicación geográfica.**

Si de las misiones guaraníes del Paraguay pasamos a las Maynas y Omaguas diseminadas por el Amazonas y Marañón con sus afluentes el Napo, Putumayo, Pastaza y Huallaga especialmente, nos encontramos con una geografía de selva mucho más cerrada y con una estructura misional diferente, mucho más dispersa e incluso peligrosa por la gran diversidad de pueblos e idiomas —más de cuarenta— correspondientes a los encabellados, orejones, pelados, canelos, cofanes, iquitos, ticunas, jíbaros, etc.

Jesuiticamente dependían de la provincia de Quito, antigua viceprovincia de Perú (1605), luego viceprovincia independiente (1608) y finalmente provincia de Quito (1616). Sin embargo había zonas en las que desde un punto de vista administrativo no estaban claras las jurisdicciones de Quito o de Lima, o si se prefiere del Virreinato de Nueva Granada (creado en 1717 con sede en Santa Fe) y el Virreinato de Perú mucho anterior. De hecho hoy día la mayor parte de las antiguas misiones de Maynas y Omaguas pertenecen a Perú y no a Ecuador.

El problema portugués también existía, pero en menor medida que en Paraguay. No obstante los bandeirantes de Pará, siguiendo el ejemplo de los de Sao Paulo, asolaron en el Marañón más de treinta pueblos y unos 30.000 indígenas de la nación omagua tuvieron que refugiarse río arriba en territorio español abandonando tierras y poblados.

En realidad con el nombre genérico de misiones del Marañón se entienden misiones muy diversas establecidas en sus ríos colaterales o afluentes, distantes centenares de leguas de su curso principal y que llegan a constituir cuatro partidos muy separados con los nombres de Misión Alta, Misión Baja, Misión del Ucayale y Misión del Napo. Los confines primitivos estaban situados próximos a la desembocadura del río Negro en Manaus. Pero la codicia portuguesa por una parte y la desidia española por otra dejaron perderse casi 300 leguas aguas arriba con la pérdida casi total de la nación omagua. El nuevo límite fronterizo se estableció en Loreto.

Cuando Carlos III promulgó la Pragmática de Expulsión de los jesuitas, de los 72 pueblos que a lo largo de 130 años (desde 1637) fueron estableciendo los misioneros, únicamente quedaban 38, con un total de 19.234 almas. Si tenemos en cuenta que por esas fechas los 30 pueblos de las misiones del Paraguay albergaban 87.026 almas es fácil imaginar la diferencia estructural y organizativa, tanto económica como incluso urbanística de ambas misiones.

Entre las causas de esta pérdida y subsiguiente disminución india hay que citar cuatro principales: 1) La mortalidad infantil (3/4 partes morían antes del uso de razón); 2) las epidemias de los adultos, especialmente las viruelas. En la de 1666 murieron 80.000 indios; en la de 1681 otros 60.000; en 1749 desaparecieron naciones enteras. Epidemias que volvían a aparecer en 1756 y 1762, apenas cinco años antes de la expulsión; 3) las invasiones portuguesas de los mamelucos o mercaderes de esclavos del Pará que adelantaron los dominios portugueses. Víctimas principales fueron los omaguas y yurimaguas; 4) los alzamientos de indios que llevaron no sólo al martirio de misioneros sino al abandono de no pocos pueblos que se perdieron especialmente del Ucayali y de las regiones del Pastaza y del Napo.

De hecho hay unanimidad en los autores al decir que las misiones del Marañón fueron las más penosas de los jesuitas que no pudieron concentrar a los indios en pueblos cercanos teniendo que hacer frente a poblaciones diseminadas en grandes extensiones de territorio. Esto hizo que no alcanzaran la prosperidad de las misiones del Paraguay, Mojos y ni siquiera las de Sonora. La propia configuración del terreno y del bosque impedía incluso la agricultura y la ganadería, cuya explotación constituía la fuente de riqueza de las reducciones del Paraguay. El único comercio se reducía, cuando mucho, a algunas cargas de cera negra. De hecho en las misiones ni siquiera llegaron a utilizar ni necesitar el dinero. Baste decir que al tiempo de la expulsión sólo un misionero de los 27 expulsados disponía de unos pocos pesos.

### **La expulsión de los jesuitas del Marañón**

Si las misiones del Marañón tenían muy poco que ver con las del Paraguay en la expulsión tampoco encontramos el más leve parecido. El encargado de llevarla a cabo fue el Presidente Diguja recién llegado a

Quito como primer magistrado (7 de julio de 1767). Un mes después, el 6 de agosto, recibía del virrey de Santa Fe la Pragmática y documentación relativa a la expulsión. La remitida desde Panamá no llegaría hasta el 17 de octubre. La fecha prevista para el arresto y expulsión de los jesuitas de Quito, una vez hechos los preparativos de rigor, fue el 20 de agosto, siguiendo en días sucesivos la expulsión de las otras ciudades. Guayaquil fue designado el lugar de concentración y embarque hacia Panamá, para de allí continuar viaje a Portobello desde donde seguirían la ruta de Cartagena, La Habana y Puerto de Santa María.

Un mes más tarde los misioneros del Marañón se enteraban de la expulsión por boca de un dominico que residía en las misiones de los canelos y que la transmitió a los jesuitas del pueblo de Andoas. Aunque los misioneros jesuitas convinieron en guardar secreto hasta que llegaran las noticias oficiales, finalmente los indios se enteraron y su primera reacción fue retirarse a la selva reduciendo los pueblos a cenizas e incluso hacer frente a los españoles con las armas, como propusieron los jíbaros.

Sin embargo el mayor problema que el Presidente Diguja tuvo para proceder a la expulsión de los misioneros del Marañón fue encontrar y preparar a los sustitutos que debían ocupar los puestos que los 27 jesuitas iban a dejar vacíos. A la dificultad de los idiomas se añadía el de la especial dureza y soledad de las selvas amazónicas. A pesar de ofrecer al clero secular 500 pesos anuales y prometerles las mejores parroquias de las ciudades al cabo de dos años, el obispo de Quito (Pedro Ponce Carrasco) tuvo que recurrir al arbitrio de ordenar, con poca o ninguna preparación, a cuantos desearon ser párrocos en los pueblos de las misiones, cosa que hicieron 18 individuos.

El 27 de noviembre Diguja nombraba Comisionado para llevar a cabo la Pragmática de expulsión al antiguo gobernador de Quijos y provincias adyacentes, D. José Basave, quien debía auxiliar al recién nombrado nuevo superior y vicario de las misiones D. Manuel de Echeverría, cura del pueblo de Saquisilí, hasta que estableciera su residencia en Laguna, habitual domicilio de los superiores de las misiones. Frente a los cinco Comisionados nombrados por Bucareli para las misiones guaraníes aquí bastaba uno solo; y frente al ejército encargado de llevar a cabo la expulsión en Paraguay, aquí el Comisionado partió sólo acompañando al Vicario y nuevos misioneros. Salieron de Quito el 2 de enero de 1768 y una vez atravesadas las montañas al llegar a los prime-



ros pueblos del Napo –entrada a las misiones– murió ya uno de los nuevos misioneros, retrocedieron otros ante las dificultades y el Vicario optó por dejar en Archidona a cuatro de los eclesiásticos que le quedaban, continuando con los demás.

A fines de abril llegaban a la reducción de San Joaquín los 16 eclesiásticos restantes acompañados por el Comisionado donde se quedaron a descansar por espacio de dos meses. Es decir que el tiempo que Bucareli invirtió en expulsar a todos los jesuitas de las reducciones del Paraguay, fue el que los nuevos misioneros del Amazonas necesitaron para llegar a la primera misión propiamente dicha.

Desde San Joaquín de Omaguas el comisionado Basave envió a los jesuitas el anuncio de su próxima llegada y el encargo que tenía de ejecutar la expulsión. Un poco antes que se recibiese este aviso, el Superior Francisco Javier Aguilar había ya ordenado a los misioneros jesuitas que tuviesen todas las cosas listas para la futura entrega.

La siguiente etapa fue el pueblo de San Regis donde se hallaba de misionero el P. Manuel Iriarte, autor de un meticuloso y en cierto sentido único *Diario* de un misionero de Maynas que nos sirve, una vez más, de contraste con lo ocurrido en Paraguay, ya que en este caso no es el verdugo sino la víctima la que recoge minuciosamente lo ocurrido. El párroco de San Regis recibió el 12 de julio de 1768 carta del Comisionado Sr. Basave pidiéndole que hiciese preparar carne, pescado y otras cosas para él, para el Vicario y para los clérigos que iban con él hasta el pueblo de San Javier de Urarinas. Avisados los indios, éstos trajeron inmediatamente y en cantidad, plátanos, yuca, carne y pescado, se hicieron arcos de palmas desde el puerto hasta la iglesia, y además los indios tuvieron listos para su propia cuenta tinajones de bebida.

El día siguiente, a las cinco de la tarde, llegaron el Vicario, el Sr. Basave y los clérigos; los indios besaron la mano al Vicario y a los clérigos, cantaron el “Alabado sea el Santísimo Sacramento” y acompañaron a la comitiva hasta la puerta de la iglesia donde el párroco Uriarte esperaba con capa pluvial y agua bendita. Hecha una corta oración salieron todos de la iglesia y se fueron a la casa del misionero donde se les dio a todos algún refresco o limonada. A continuación entregó Uriarte al Vicario dos tomos grandes en cuarto de los diarios que había escrito desde su entrada a las misiones, así como los diarios del P. Bastidas, una instrucción a los misioneros y vocabularios de varias lenguas. El 15 de julio fue el señalado para notificarle la expulsión decretada por

Carlos III. Ese día hubo misa, doctrina y plática a los indios reunidos y al fin de la misa el Vicario Echeverría les echó también una plática en quechua. Poco después el Comisionado fue al aposento del misionero y con dos testigos y “mucha delicadeza y grande sentimiento” le intimó la orden de destierro, si bien añadió que era voluntad del Presidente Diguja que prosiguiera con los indios hasta el día de la salida continuando en todo como hasta entonces e instruyendo al clérigo que le iba a sustituir.<sup>11</sup>

A todos los misioneros se les hizo el mismo encargo, menos a los del río Pastaza, adonde el Comisionado no fue personalmente, sino que les avisó por cartas para que se dirigiesen a San Joaquín de Omaguas llegado el momento del embarque y partida, si bien hasta entonces debían continuar con los nuevos clérigos sus sucesores instruyéndoles en todo lo necesario. Todos aceptaron a excepción de Carlos Albrizzi, misionero de Chamicuro quien no quiso estar un día más en su reducción, desde el momento que estuvo en ella el clérigo que había de tomarla a su cargo, diciendo que él había abandonado Venecia su patria para trabajar en servicio de Dios y del rey de España, entendiendo en la conservación de los indios, pero ya que el rey le arrojaba de su territorio, no quería estar un punto más en él, y aquel mismo día se embarcó y se fue hasta la reducción de Nuestra Señora de Loreto de Ticunas, el último pueblo de la misión en raya de Portugal, y ahí esperó a sus compañeros de destierro.

El Comisionado Basave lejos de poner alguna dificultad a los misioneros para que llevasen los objetos que les pareciese necesarios les

---

<sup>11</sup> Diguja en carta de 12 de mayo de 1769 informa al conde de Aranda: “Habiendo despachado veintisiete clérigos seculares con un primero y segundo Superior [...] se internaron todos a los países destinados, en los cuales enfermando unos, y no pudiendo tolerar la intemperie otros, resultó el retroceso a esta ciudad del segundo Superior y de ocho clérigos, dejando en aquellas Misiones un gran vacío que suplir [...]. La experiencia que tengo de este país me ha hecho comprender con evidencia que las Misiones de Mainas no pueden subsistir por medio de la dirección de sacerdotes seculares, porque destinándose por lo común a hacer méritos para ser promovidos a beneficios eclesiásticos, sólo propenden a conseguir el fin con la mayor brevedad, habiendo prudentes recelos de que desamparen, si se demora el acomodo de ellos”. José Jouanen, *Historia de la Compañía de Jesús en la antigua Provincia de Quito (1570-1773)*, Quito: Editorial Ecuatoriana 1943, t. II, pp. 604 y 608.

invitó a hacerlo. Una vez concluido el inventario de la casa e iglesia de San Regis —inventario que recoge meticulosamente en su *Diario* el propio Uriarte—<sup>12</sup> al día siguiente, 16 de julio continuaba viaje el Sr. Basave en dirección a San Francisco de Urarinas, “tocando los indios sus tambores y campanas”. Entretanto llegó carta del ministro Wall dirigida al virrey y remitida al Gobernador Comisario por la que habiéndosele antojado al Príncipe de Asturias ver los hermosos pájaros de las Indias, mandaba el virrey que todo misionero hiciese recoger cuanto antes los más especiales de la misión a costa del Erario Real, y los remitiese, si se podían vivos, y si no las plumas.

Una vez advertidos los diferentes misioneros de la Prágmatica de expulsión, en el mes de septiembre recibía el Comisionado comunicación del Presidente Diguja por la que le daba a conocer la orden venida de Madrid de que los jesuitas desterrados fuesen a España por la vía del Gran Pará y de Portugal y que debían de salir todos sin excepción, aun los viejos y enfermos, pues así lo mandaba la Corte. Al mismo tiempo quedaba avisado de que se habían dictado las providencias convenientes para que el Gobernador de Pará proveyese de todo a los misioneros españoles a cuenta del rey de España. La fecha de salida quedó fijada para mediados de octubre. Finalmente el lugar de concentración de los misioneros de la Misión Alta fue la reducción de San Regis, donde el 28 de octubre estaban ya todos reunidos dispuestos a emprender el camino del destierro.

Al día siguiente, 29 de octubre, dicha la santa misa se embarcaron en San Regis de los Yameos para proseguir el viaje. En San Pablo de los Napeanos se juntaron otros tres misioneros procedentes de las misiones de los Iquitos del Nanay y río Blanco [Santa Bárbara y Santa María de Iquitos], a quienes el Comisionado Basave había llamado por carta, que no habían llegado a tiempo.

El viaje por el río Marañón o de las Amazonas lo hicieron los expulsos en 18 canoas, yendo el Comisionado en otra aparte. Y es aquí cuando empezaron los problemas por donde menos podía esperarse iniciándose una especie de tragicomedia o martirio “de baja intensidad” como diríamos hoy, ya que no se le ocurrió otra cosa al P. Superior,

---

<sup>12</sup> Manuel J. Uriarte, *Diario de un misionero de Maynas*, Iquitos: Monumenta Amazónica 1986; pp. 508 y ss.

Francisco Javier Aguilar, hombre “algo estrecho y escrupuloso”, que imponerles una distribución como si se tratara de una comunidad de novicios.

Empezó —dice el *Diario* del P. Uriarte— a juntarnos a comer y cenar, leyendo en la mesa el Hermano Schönemann, al detenernos en las playas del río, y tocándose la campanilla a oración, examen, letanías y rosario [...]. Lefase la vida del P. Realino y por lección espiritual el Kempis, para los puntos Avancini [...]. Los Padres alemanes principalmente tenían esto por extravagancia, pero el buen Superior, escrupuloso, lo miraba como necesario. Tocábase a Avemarias a la mañana, medio día y al atardecer, y un poco después a las Animas. Al amanecer decía el P. Superior misa que oíamos todos y después cada cual se metía en su canoa y tomaban su desayuno andando.<sup>13</sup>

Y por si fuera poco tenían que ir en silencio durante todo el día, a excepción de un breve recreo después de las comidas y aun entonces tenían que hablar en latín.

Así llegaron el 4 de noviembre a San Ignacio de Pebas donde se les juntó el misionero de este pueblo. Y el 12 arribaron al último pueblo de la misión, Nuestra Señora de Loreto, donde les estaba esperando el veneciano Carlos Albrizzi, quien no había querido quedarse ni un solo día con el clérigo que le había de reemplazar en Chamicuros. El día 14, los diecinueve misioneros desembarcaban en San José de Yavarí, primer pueblo de Portugal. Era este pueblo una reducción fundada por los jesuitas portugueses con el nombre de San Javier de Yavarí, pero al ser expulsados en 1759 se cambió también el titular del pueblo, llamándose San José de Yavarí en adelante. Casi todos los indios habían huido después de la expulsión de los jesuitas portugueses, por lo que el pueblo estaba en gran parte destruido. Cuando los españoles intentaron, al día siguiente, decir misa encontraron pegado en la puerta de la iglesia el siguiente papelón:

Ningún vasallo de Su Majestad Fidelísima trate directa, ni indirectamente con alguno de los llamados de la Compañía de Jesús, pena de la vida y tenerse por reo de lesa Majestad, por ser los dichos, enemigos declarados de la Corona.

---

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 529.

Con la entrega por parte del Comisionado Basave de los expulsos al representante de las autoridades portuguesas se iniciaba una nueva y no fácil etapa del viaje por las tierras de Pombal.

### **Salida de los misioneros del río Napo y de Lamas**

Entretanto los siete misioneros del río Napo, ubicados en Archidona [residencia del vice-superior de la Misión], Puerto Napo, Santa Trinidad de Capocuy y Pinches, fueron saliendo al destierro por la vía de Quito y Guayaquil, los más por propia iniciativa, sin que se les intimase el decreto de expulsión, ni diese ninguna instrucción sobre la manera de cumplirlo. El último en hacerlo, en agosto de 1768, fue el misionero de Capocuy quien cuando llegó a Quito ya no encontró a sus compañeros de misiones que habían salido el 20 de septiembre de 1768 para Guayaquil. Se puso inmediatamente de camino y pudo alcanzarlos en aquella ciudad donde ellos habían llegado el 4 de octubre.

Los dos misioneros más retrasados se encontraban de párroco y coadjutor en Lamas. Habiendo tenido noticia de la expulsión y cansados de esperar no sabían cómo, ni por dónde habían de salir, ni a quién habían de entregar aquella parroquia. Este olvido se debió a que ni el Presidente de Quito dio resolución para esta parte, ya que estaba fuera de su jurisdicción, ni tampoco la había dado el virrey de Lima quizá por no ser jesuitas de la provincia jesuítica de Lima o por ignorar que estaban en el territorio de su virreinato. Recibieron finalmente carta del Presidente Diguja en respuesta a la suya, el día 16 de abril de 1768. En ella se les ordenaba que entregando el curato a algún clérigo de Trujillo saliesen para Jaén de Bracamoros y Piura, y por aquella vía a Guayaquil. El día 6 de junio pudieron hacer la entrega a un clérigo de Moyobamba y aquel mismo día salieron para embarcarse en el Guallaga hasta llegar a Laguna. El día 10 de julio empezaron a subir por el Marañón, arribando a los 50 días al puerto de Jaén de Bracamoros. Desde ahí pasaron a Piura, andando por pésimos caminos de montaña, llegando a su destino el 1° de noviembre. De Piura se dirigieron a Paita donde embarcaron llegando a Guayaquil el 27 del mismo mes. Es decir que sólo el trayecto Lamas-Guayaquil les costó hacerlo cerca de seis meses.

Desde Guayaquil la ruta a seguir era: Panamá, Portobello, Cartagena, La Habana, Puerto de Santa María. Ruta que resultó en general para

los jesuitas de la Provincia de Quito especialmente dura en Panamá, Portobello y La Habana. En Panamá por el maltrato general y escasez de comida que provocó que comenzaran a enfermar y morir por las pésimas y escasas providencias que se dieron hasta el puerto de Cartagena. El primero en morir fue el Provincial de Quito ordenando el Gobernador que no se doblasen las campanas porque había muerto excomulgado en calidad de reo de Estado y en desgracia del rey. De su entierro se encargaron los agustinos descalzos de la ciudad. En Portobello porque se utilizaron hasta Cartagena barcos en muy malas condiciones materiales e higiénicas; algunos de ellos recién llegados con cargamentos de esclavos negros atacados de la peste, lo que hizo que en sólo cinco días de navegación fueran ocho los jesuitas que se contagiaron y murieron en el mar o al llegar a Cartagena. En La Habana por la dureza del tratamiento recibido de parte de las autoridades.

Los siete misioneros del Napo más los dos de Lamas desembarcaron en Cartagena el 25 de marzo de 1769. Volvieron a embarcar rumbo a España el 12 de mayo con otros 16 jesuitas de diversas provincias y soldados del regimiento de la Reina que volvían a España. De Cartagena a La Habana tardaron un mes en llegar haciéndolo el 13 de junio. Allí permanecieron 14 días en los navíos sin poder saltar a tierra. Volvieron a zarpar con rumbo a Cádiz el 29 de junio de 1769 concluyendo así un largo viaje iniciado a mediados del año anterior de 1768. En cualquier caso fue este viaje mucho mejor que el último realizado por la sexta partida de sus compañeros de Quito. Ya que entonces el viaje de La Habana a Cádiz duró tres meses, padeciendo temporales y fuertes privaciones de comida habiéndose además declarado la peste muriendo del vómito negro y de hambre seis de los 30 jesuitas que iban en la urca *San José*.

### **Del Marañón a Cádiz pasando por Lisboa**

El viaje de los 19 misioneros del Marañón fue un calvario pues a las medidas adoptadas con especial dureza por parte de algunos agentes de Pombal, sobre todo en Pará y Lisboa, tuvieron que añadir las psicológicas de su propio Superior con evidentes síntomas de falta de sentido común a quien los escrúpulos le habían trastornado algo el juicio. Al llegar los cuatro barcos portugueses que debían trasladarlos hasta Pará

empezó a angustiarse y temer que los pocos papeles que llevaban los misioneros pudieran comprometerles, por lo que ordenó que todos quemasen cuantos escritos y libros traían. Así se perdieron en la hoguera apuntes y noticias sobre las misiones, notas sobre las diversas lenguas del Marañón, diarios, papeles espirituales, libros de Ejercicios Espirituales y en especial todas las obras en folio que el P. Deubler llevaba para imprimir en su Provincia.

Dado que los barcos eran pequeños, a las incomodidades del clima se añadieron las del poco espacio reflejadas gráficamente en el Diario del P. Iriarte, ya que en los barcos mandados por un capitán, un alférez y dos sargentos, viajaban también 20 granaderos armados:

Ibamos de manera que no nos podíamos sentar ni tener la cabeza derecha, pero nos dejaban salir al combés de donde volvíamos a entrar a gatas en nuestro escondrijo para dormir o rezar [...]. Encima venían los granaderos, que por lo ardiente del sol se acogían de cuando en cuando a nuestro lado.<sup>14</sup>

Al principio se permitía salir a la orilla a alguna necesidad, más después el P. Superior prohibió toda salida y también hablar con los soldados y mucho más con los indios.

El capitán, el alférez y los soldados se portaron muy bien con los desterrados, salvo la peregrina idea que tuvo el capitán de reglamentar con rigor el tiempo en que habían de ir a alguna necesidad corporal, no permitiendo que se hiciesen estos menesteres en otro alguno. “De esta manera” —observa con cierta ironía el P. Chantre— “pretendía el capitán una cosa bien dificultosa, queriendo reducir a arte, tiempo y hora la necesidad indispensable de la naturaleza, que llama cuando quiere, y avisa cuando le parece”.<sup>15</sup>

Pero fueron, sobre todo, las exigencias del escrupuloso Superior las que convirtieron en un martirio el viaje, hasta el extremo de que el propio capitán portugués viendo el silencio y estrechez en que iban los misioneros le pidió, sin éxito, que suavizara el rigor con que les trataba. Y así fue a lo largo de todo el éxodo por el Amazonas que duró 40 días y 40 noches, sin parar más que una sola hora diaria para comer y cenar,

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 538.

<sup>15</sup> P. Chantre, *Historia de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Marañón español*, lib. 12, c. 4, p. 685.

a pesar de que los indios tuvieron que bogar a toda furia<sup>16</sup> ayudados por las corrientes. Uno de los barcos —que iba en retaguardia— era la cocina-andante. Se trataba de un barco abierto con dos soldados y un par de indios galopinos, con sus seis remeros; tenía en medio su enramada y fogón, con que se iba cocinando la comida con carbón, sin perder camino. Al mediodía y al atardecer se juntaban todos los barcos en alguna orilla y los soldados repartían la comida —que era por lo común arroz, carne, frijoles y trago— continuando viaje de noche y de día.<sup>17</sup>

Salieron de San José el día 3 de diciembre de 1768 y llegaron a Pará el 19 de enero de 1769. Allí les esperaba un “descanso” forzado de siete semanas que permanecieron encerrados en una sala con dos únicas

---

<sup>16</sup> “Lo que nos daba especial compasión era el trabajo ímprobo de los pobres indios remeros, en el trato verdaderamente cruel que les daban y era ya costumbre en los portugueses. Habían de ir remando sin parar, y el descanso sólo era pasar, después de un par de horas, de un lado al otro del barco, para que descansara algo la mano que tenía el remo hacia el agua, donde tenía más fuerza; porque no eran los remos como en Europa, sino como en nuestra Misión, pero la palanca más ancha y larga, y ésta iba metida en el agua hasta el cabo, hacia abajo, casi pegada al barco con los cuerpos, que hacía continuo movimiento hacia el agua. Eran los remos de más de seis cuartas; de día, los miserables iban sudando a chorros, y las cabezas y los cuerpos a un ardentísimo sol, sólo con unos pequeños sombreros y a veces nada en la cabeza. Y qué comían? Cuando nosotros, ellos un puñado de harina de mandioca, que echaban en un calabazo y llenaban de agua. Esto era comida y bebida, y alguna otra vez entre día, sin dejar de andar, dando unos y remando los otros. Ni podíamos ni un bocado de lo que nos ponían en comida y cena repartirles, así por no poder tratar con ellos, como porque los soldados estaban como camaleones con las bocas abiertas a lo que sobraba. Pero lo más riguroso era la noche: remaban toda ella, sin parar los barcos un instante, ni comer, ni apenas dormir, pues no tenían otro reposo que arrimar por turno dos, uno por cada lado, las cabezas, sentados como estaban, al barco; y pasado un rato, ya el soldado, con un revenque, lo despertaba diciendo: Levántate, can! Y porque quede dicho de antemano, por este trato tan inicuo, y por más que estaban los soldados alerta con sus armas, en el decurso del viaje se les huyeron diversos, echándose al agua y nadando metidas las cabezas, cuando sabían había cerca algún pueblo (y sabe Dios si se ahogaban desesperados).” Uriarte, *op. cit.*, pp. 539-540.

<sup>17</sup> La comida consistía por lo común en “arroz, carne y frijoles y su trago (y después se recibió socorro del Pará en un barco que traía hasta lámparas, platos, cucharas, tenedores muy decentes). Comimos fideos, vizcocho y no sé que otra cosa que habían enviado de Europa. Además de esto, el buen Capitán había mandado en los pueblecitos previniesen aves, y como se pasaba por algunos, metían las caponeras provistas de pollos y gallinas”. *Ibidem*, p. 538.



ventanas cerradas y clavadas, con tan sólo dos pequeños respiradores “de 4 dedos de ancho y 12 de largo”. No entraba luz ninguna y la estancia estaba iluminada con varias lámparas en las paredes y otra colocada sobre una mesita con dos taburetes alrededor, por lo que cada sacerdote se iba acercando por su turno para rezar el breviario.

Presos de las cárceles, indios y negros, con grilletes y cadenas eran los encargados de llevarse “los vasos inmundos”. Operación que describe el P. Uriarte en su *Diario* con la ironía que la caracteriza:

Esta fue una distribución fastidiosa de todos los días:<sup>18</sup> porque para todos habían puesto tres o cuatro servicios; a cada uno su orinal. Los servicios, por la decencia, pusimos en el umbral de una ventana, por dentro, e hicimos cortina con una sotana o sábana. Y cuando venía la función de los *títeres*, así llamábamos, cada uno vaciaba su orinal en el servicio, y llevaban los pobres presos con sus cadenas y grillos toda la bascosidad, y de allí a rato traían lavados los servicios. Y como todo estaba cerrado, y había que atender a las necesidades naturales en veinticuatro horas que pasaban a cada sacada, considérese qué sentiría el olfato; por lo cual los Tenientes metieron alguna vez alhucema, que quemaban en unos cartuchos de papel; mas como luego se cerraba la puerta, quedábamos más sofocados del humo, y les pedimos escusasen el saumerio.<sup>19</sup>

Si a esto añadimos el calor y la humareda de las lámparas podemos imaginar el escenario de esta primera experiencia carcelaria de los expulsos españoles en tierras portuguesas. Nuevamente el P. Uriarte dibuja la situación:

El calor y la humareda de tanta lámpara en lo alto de las paredes y estar bajo la línea [equinocial] en el tiempo más ardiente, no cesando de sudar nos fue debilitando tanto, que pensamos morir todos en la prisión; se me neaban dientes y muelas, ni se podía comer el pan fresco y buenos guisados que nos daban [...]. Como la ropa que uno traía se empapaba tanto con el calor tomó el Teniente el cuidado de sacarla a secar al sol, y aun de lavarla y remendarla cada semana [...]<sup>20</sup>

---

<sup>18</sup> Aunque al principio el sacar “los servicios” se hacía mañana y tarde, después sólo al anochecer.

<sup>19</sup> Uriarte, *op. cit.*, p. 548.

<sup>20</sup> *Ibidem*, p. 549.

Los dos misioneros más ancianos, los PP. Deubler y Palme, estuvieron a punto de morir, e incluso recibieron el viático. El médico mandó se apagasen varias lámparas de las paredes que aumentaban el calor y la hediondez de la habitación, continuamente cerrada con el aceite de tortuga que en ellas se quemaba. Pero este alivio se tuvo sólo después de pasado un mes.

En vista de que no llegaba el barco español que debía trasladarlos a España, el Gobernador dispuso una corbeta en que se habían conducido negros esclavos. Así, cumplidos casi dos meses de encierro, el 21 de marzo de 1769, hecho el recuento y reseña de cada misionero con anotación de hasta los dientes y muelas que faltaban a cada uno, rodeados, como a la llegada, de dos filas de soldados bayoneta calada, fueron conducidos en silencio hasta el puerto, a media noche. Los habitantes de Pará tenían pena de muerte no sólo si hablaban con los expulsos, sino incluso si se asomaban a las ventanas para verlos pasar por miedo de que se levantaran contra el Gobernador, ya que desde que faltaban los jesuitas portugueses padecían muchas violencias y había muchas personas principales en la cárcel. Llegados al barco y ante notario y secretarios fueron entregados al capitán e introducidos uno a uno por una escotilla al “destinado retrete o calabozo”. Concluido el descenso quitaron la escalera, cerraron la escotilla y echaron llave.

El Superior determinó que también allí se guardase silencio y se tuviese la distribución que había impuesto desde su salida de las misiones. El capitán no permitió que dijese ni oyese misa, a pesar de que iba un capellán a bordo; y ni siquiera que comulgasen el día de Pascua de Resurrección.

Las camas iban colgadas pareciendo otras tantas hamacas. Por la noche los grumetes retiraban los servicios. “Eran de común unos seis. Y los más se rompieron, y los que quedaron estaban desportillados, aunque los atábamos; con que infiérase qué buen olor habría en aquella estrechez, con diecinueve sujetos”.<sup>21</sup> Durante una borrasca muy fuerte que padecieron tuvieron que pasarla en completa oscuridad pues las dos ventanillas y la escotilla fueron cerradas “a mazo” clavando un gran encerado encima de la escotilla. Pasado el temporal hubo que barrer

---

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 555.

toda la inmundicia ya que se acabaron de romper todos los vasos y orinales.

El 7 de mayo de 1769 dieron fondo en la barra de Lisboa, justo el día en que se incendiaba por segunda vez la Patriarcal de Lisboa recién construida después del terremoto e incendio de 1755. Pero hasta el día 10 no pudieron desembarcar, siendo llevados por la noche cada uno en un borrico y los enfermos en dos carretas de bueyes hasta Azeitao, el palacio del ajusticiado duque de Aveiro, de donde habían sacado la víspera a treinta jesuitas portugueses que estaban presos, llevándolos a Belén. El mismo día del desembarco fallecía el P. Deubler y ocho días después el P. Widman.

La última etapa de este largo viaje se inicia el 10 de julio de 1769 con el traslado de nuevo al puerto de Lisboa. Allí fueron embarcados los misioneros del Marañón en un navío irlandés y a los seis días de navegación llegaban a Cádiz el 17 de julio por la tarde. El 18 otro barco los trasladó al Puerto de Santa María donde fueron hospedados en el antiguo Hospital de Indias. En el llamado registro de aduana fueron despojados del poco chocolate y tabaco que todavía les quedaba, diciendo que era contrabando, si bien a cambio les dieron tabaco de Sevilla. El Superior inmediatamente dispuso la distribución que se había de tener, incluido el barrido de los corredores todos los días y el silencio durante todo el día a excepción de dos horas. Pero esta actitud no le pareció correcta al marqués de la Cañada quien viendo la rigidez del P. Superior lo envió a un convento de San Francisco indicando a los demás que entre ellos eligieran su sustituto, como así hicieron.

La estancia en Puerto de Santa María duró hasta el 13 de octubre en que embarcaron en una "fragata holandesa de cuarenta o cincuenta cañones" rumbo a Italia. En la misma embarcación se encontraron con toda la provincia de Filipinas (menos algunos enfermos de escorbuto) y a unos cien sujetos del Perú, con su Provincial.

El día 28, festividad de los Apóstoles Simón y Judas, llegaban a Puerto Especie (Specia). De ahí por tierra en cuatro calesas salieron para Florencia, Faenza y Ravenna, final del viaje iniciado un año antes, en octubre de 1768.